

No son de cristal: son producto de un sistema que ya no responde

Reporte elaborado por Álvaro Quiñones Aguilar

Director de Decide Market Research

Todo tiempo pasado fue mejor. Las nuevas generaciones son de cristal, no resisten nada. Yo a tu edad..., ¿Has escuchado estas expresiones? A base de repetición, las hemos asumido como ciertas. Pues bien, el INEGI acaba de soltar los resultados de la Encuesta Demográfica Retrospectiva (EDER) 2025, con estos datos estamos en condiciones de explorar esta realidad incómoda. Y responder a: ¿las generaciones anteriores están hechas de otra pasta?

Si las respuestas cómodas son suficientes para ti, ahí está, puedes quedarte con esas ideas, con esas respuestas, los datos parecen confirmar la narrativa cómoda de que las generaciones jóvenes ya no aguantan, que postergan todo y le sacan la vuelta a la vida adulta. Pero si quieres profundizar, entender lo que está pasando, este es el reporte que debes leer.

Transiciones del curso de vida antes de los 18 años. Porcentaje de la población

	19 – 28 años	29 – 38 años	39 – 48 años	49 – 58 años	59 – 65 años
Salida de la escuela.	51.9	58.1	59.4	61.9	59.5
Primer empleo.	61.6	64.6	64.6	66.5	54.5
Primer rol de sostén económico.	9.1	12.8	10.5	19.4	11.0
Primera salida del hogar.	20.0	34.3	30.8	36.3	34.6
Primera unión.	15.2	23.3	21.6	24.8	25.6
Primera hija(o).	7.7	12.9	15.4	13.5	10.6
Primer uso de anticonceptivo.	12.3	5.8	3.0	3.1	1.0

Hoy, 5 de cada 10 de los jóvenes, salen de la escuela antes de los 18 años, sus padres (los de 49 a 58 años) eran 6 de cada 10. Lo mismo ocurre con la salida del hogar, hoy 2 de cada 10 lo hace antes de los 18 años, sus padres eran casi 4 de cada 10, la cifra casi se duplica. El 15% de los jóvenes actuales tiene su primera unión antes de los 18 y el 7% su primer hijo, sus padres eran el 25% en la primera unión y 10% del primer hijo. En efecto, estas decisiones se están postergando.

Si se observan con cuidado, lo que aparece es un cambio profundo en la forma en que se construye la transición hacia la adultez en Yucatán. El patrón es consistente y difícil de ignorar. En prácticamente todos los hitos estructurales, salir de la escuela, independizarse del hogar, formar pareja, tener hijos o convertirse en sostén económico, hay una caída clara en la proporción de personas que los viven antes

de los 18 años. Los más jóvenes están postergando estas decisiones claves. Permanecer más tiempo en el sistema educativo desplaza automáticamente otros eventos. La salida del hogar se reduce de manera significativa, lo mismo que las uniones tempranas y la maternidad o paternidad en edades adolescentes. Incluso el rol de sostén económico temprano pierde peso. No se trata de ajustes marginales, sino de una reconfiguración de fondo: la adolescencia deja de ser una etapa cargada de responsabilidades adultas.

Sin embargo, no todo se mueve en bloque. El dato del primer empleo antes de los 18 introduce una ruptura clave: se mantiene relativamente estable entre generaciones. Este punto es fundamental porque revela el verdadero cambio estructural. El vínculo temprano con el trabajo no desaparece, pero deja de ser el detonador automático de la vida adulta. Antes, trabajar implicaba casi de inmediato aportar, independizarse, formar una familia. Hoy, trabajar puede ser solo una etapa más, desconectada de esas otras transiciones. El trabajo ya no garantiza autonomía, ni estabilidad, ni salida del hogar. Y en ese desacople se encuentra uno de los cambios más profundos del sistema social Yucateco.

Lo que emerge entonces es una desincronización de los eventos que antes estaban encadenados. La vida adulta deja de ser un paquete que se activa en bloque y se convierte en un conjunto de decisiones separadas. Se puede trabajar sin dejar la casa, tener pareja sin tener hijos, estudiar durante más años sin alcanzar independencia económica. La secuencia tradicional se rompe y con ella desaparece la linealidad de las trayectorias de vida.

Este cambio no es únicamente cultural ni responde solo a una mayor libertad individual. Es también el reflejo de un desacople más profundo: el sistema dejó de garantizar que el esfuerzo se traduzca en autonomía en tiempos razonables. Estudiar más ya no asegura mejores condiciones de inserción laboral; trabajar temprano no implica estabilidad; independizarse requiere más recursos que antes. En otras palabras, la relación entre esfuerzo y resultado se volvió más incierta.

Eso modifica la forma en que se toman decisiones. No es simplemente que los jóvenes quieran postergar, sino que enfrentan un entorno donde equivocarse cuesta más y donde las decisiones ya no están empujadas por la necesidad inmediata, sino condicionadas por la incertidumbre. Antes, decidir temprano era obligatorio, pero predecible. Hoy, decidir más tarde es opcional, pero mucho más riesgoso.

El aumento en el uso de anticonceptivos en edades tempranas refuerza esta idea. No solo se están posponiendo los hijos, se está ejerciendo control sobre cuándo ocurren. Es un cambio activo, no una consecuencia pasiva de la economía. La vida ya no se precipita: se administra. Pero esa administración ocurre en un contexto donde las garantías son más débiles.

El resultado es una adultez diferida, pero sobre todo fragmentada. Ya no existe un momento claro de entrada a la vida adulta; lo que hay es una acumulación gradual de decisiones que no necesariamente convergen en un punto definido. Esto transforma la estructura social de fondo. La familia deja de ser solo el punto de partida y se convierte en un soporte prolongado. El mercado laboral deja de ser el mecanismo de transición y se vuelve un espacio de tránsito parcial. Y la desigualdad ya no se expresa únicamente en ingresos, sino en la capacidad de sostener trayectorias más largas y tomar decisiones con mayor margen.

Aquí aparece una de las implicaciones más delicadas: no todos viven esta transición de la misma manera. Los hogares con más recursos pueden absorber esta prolongación, permitiendo trayectorias educativas más largas y decisiones más planificadas. En cambio, quienes tienen menos margen siguen entrando antes al trabajo y a ciertas responsabilidades, pero sin que eso garantice estabilidad. La transición a la adultez deja de ser homogénea y se fragmenta también en términos sociales. Ya no hay una sola forma de volverse adulto, sino varias, profundamente marcadas por el contexto económico.

Lo que estamos viendo es un cambio en la lógica misma de la vida social. No son generaciones que llegan tarde a la misma vida, sino generaciones que están armando esa vida bajo condiciones distintas, con más información, más margen de decisión, pero también con más incertidumbre.

La consecuencia más clara es que la juventud se alarga, pero no necesariamente se vuelve más cómoda. Se vuelve más estratégica, más cautelosa y dependiente del entorno familiar. Y ahí está el punto crítico: se eliminó la urgencia de vivir rápido, pero no se construyó un camino claro para avanzar después. Se pidió más preparación, más planeación, más control, pero no se garantizó que eso se traduzca en estabilidad.

En síntesis, lo que muestran los datos no es una sociedad en transición hacia un modelo distinto de adultez: más tardía, más fragmentada e incierta.

Si esta tendencia continúa, el escenario más probable no es el colapso, sino una sociedad donde el tiempo sigue avanzando, pero donde la vida no necesariamente progresa al mismo ritmo. Una sociedad donde las decisiones pesan más, los caminos son menos claros y la adultez ya no es una etapa que se alcanza, sino un proceso que se construye, con más libertad, sí, pero también con mucho menos certeza.